



## Presentación

Con este número incorporamos a un colaborador de lujo, Pedro García Barreno, socio de la SEBBM y miembro numerario de la Real Academia Española (RAE) y de la Real Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Es acertado afirmar que nadie está mejor calificado que el Dr. García Barreno para tratar sobre el lenguaje científico. Hasta hace muy poco los nuevos términos se acuñaban sobre raíces griegas o latinas. Eran por tanto cultismos, que para las personas educadas frecuentemente resultaban autoexplicativos. Así se creó desde fósforo (de *phos* y *phoros*, portador de luz) a teléfono (de *tele* y *phono*, hablar a distancia). La adaptación de estos nuevos vocablos a las diferentes lenguas era muy sencilla y simplemente requería pequeñas adaptaciones fonéticas u ortográficas. Así, el español adoptó estos cultismos de origen griego generalmente del francés. Algo cambió cuando nuevas generaciones de científicos anglosajones que ya no dominaban las lenguas clásicas, empezaron a poner nombres a sus nuevos descubrimientos. En algunos casos usaron acrónimos como RADAR (*radio detection and ranging*), que se ha incorporado a todas las otras lenguas ya con minúsculas. En otros casos, sin embargo, decidieron adoptar palabras de la lengua inglesa que significaban acciones parecidas. Un buen ejemplo es *splice*, un término marinero que significa unir dos cuerdas por sus extremos. Exactamente el mismo sentido que le damos los bioquímicos cuando nos referimos a la unión de dos fragmentos de DNA. Sin embargo, ese mismo concepto tiene una palabra en lengua castellana: ajuste. El diccionario de la RAE lo define como «unir dos cabos por sus chicotes». El problema es que la inmensa mayoría no sabe qué es un cabo (¡jojo!, no se trata de un militar ni tampoco de una punta de tierra que se adentra en el mar) y menos qué es un chicote (que no es un muchacho fuerte). No es, pues, de extrañar que alegremente hayamos abrazado *splicing* sin mayores remordimientos. Y es que el empobrecimiento del lenguaje también está en la raíz de la dificultad para generar una terminología científica propia. Solo se puede usar (y amar) aquello que se conoce. Pedro nos va a ayudar a conocer y a usar mejor la lengua científica. Gracias, Pedro. Paz y bien. Joan J. Guinovart, editor de SEBBM.

## Léxico Científico

**«El seso del hombre, por la palabra se conoce»**

**Rev SEBBM marzo 2012; 171: 38-9**

Don Eugenio de la Peña, médico, tomó posesión, en 1807, del sillón “A” en la Real Academia Española. En su discurso de recepción puede leerse: « [...] Los lenguajes de las diversas naciones son ricos en voces en aquellas ramas que se han cultivado con preferencia [...]. Resulta con evidencia una verdad triste para nosotros pero que no debe disimularse: que la lengua castellana necesariamente ha de ser pobre en las diversas ramas de la medicina, de la cirugía, de la física, en una palabra, de las ciencias naturales, que entre nosotros apenas se han

cultivado hasta estos últimos tiempos. La escasez de las ideas ha debido resultar por necesidad en la pobreza de las voces facultativas [...] ¿Cuántos libros escribieron los pocos facultativos en castellano, si lo hicieron en latín? [...], y en aquellos casos se ocuparon más de las cosas que de las palabras, como si se pudiera separar las ideas de las palabras [...]. Y las traducciones están tan poco cuidadas que lejos de enriquecerla [la lengua] la estropean del modo más despiadado». Ello en los prolegómenos de la Guerra de la Independencia. En aquellas mismas fechas, Gregory comentaba: «Parecerá sin duda superfluo detenerme en recomendar el estudio y conocimiento de la lengua nacional; pero es muy cierto que muchos Médicos de nota y de verdadero mérito han incurrido en todos los tiempos en graves faltas, que la crítica ha ridiculizado justamente por ignorancia de la lengua, o incorrección en escribirla».

Hay mucho que hacer todavía. Hay, sobre todo, que hacer frente a la inundación de voces extranjeras que suministra el universal empuje creador de la ciencia en todo el mundo y que nos llega con su terminología nueva, groseramente barnizada, por lo común, al adaptarse al castellano. El idioma español de hoy, el que habita en la Península y el esparcido por todo el mundo, ha de considerar la preocupación lingüística como parte esencial de su renovado ensueño de progreso. Todos debemos tener presente la máxima del Rey Sabio: «El seso del hombre, por la palabra se conoce».

El hecho de que se escriba un texto científico y no una obra literaria, no quiere decir que no haya que esforzarse por lograr una correcta redacción; «la Ciencia no debe estar reñida con la Cultura». Mas, tal vez sea el «encanto de lo foráneo» el gran distorsionador. El Boletín de la Asociación Médica de Puerto Rico incluyó en uno de sus números, allá por el año 1977, un artículo titulado «Dígalo en español, *or say it in english*». En él leemos: «Traducimos literalmente del inglés al español, pronunciamos mal las dicciones inglesas, utilizamos términos que son en realidad híbridos lingüísticos. El inglés se usa para dar más énfasis a la expresión; también, porque se ignora el término técnico hispánico, y, más preocupante, puede ser indicio de esnobismo por parte del hablante. Concluimos que esta Babel lingüística –como ya denunciaba De la Peña en 1803– es incomprensible e inoperante, y resulta absurda y ridícula». El cubano Alpízar Castillo escribe: «En español no se necesita incurrir en [estos] desatinos. Nuestro idioma es bien rico léxicamente, y muchos de estos «neologismos imprescindibles» no constituyen más que una muestra de desconocimiento de los términos existentes. En vez de imprescindibles son, en realidad, «neologismos por ignorancia». Este fenómeno invasor, claramente rechazable, se está produciendo en el lenguaje científico en general. El *spanGLISH* le gana terreno al español». Concluye Alpízar: «Usufructuamos, con la lengua, una herencia cultural magnífica y un milenio de tradición escrita. Nuestra responsabilidad es preservar este acervo, hacer que se mantenga la unidad que nos permite entender a hombres quienes escribieron sus obras en la misma lengua que usamos día a día». Para cuidarla tal como nos la cuidaron los que desde siglos atrás vienen transmitiendónosla: Juan Ruiz, López de Mendoza, Juan de la Cruz, Cervantes, Calderón, Quevedo, Martínez Ruiz, Echegaray, Unamuno, Benavente, Cajal, Machado, Mistral, Juan Ramón, Neruda, Alexandre, Paz o Cela.

Sin embargo, la realidad no siempre se ajusta a unos parámetros teóricos predeterminados y el léxico no es una excepción. No hay que olvidar que la lengua pertenece a sus usuarios y que, desde el momento en que un término se sale de su recinto de lenguaje especial e irrumpe en la lengua común, el único dueño de su destino será el hablante común. Hay que tener en cuenta, además, que el léxico científico y técnico evoluciona con enorme rapidez, apremiado por los avances que continuamente experimenta este campo. Estas circunstancias, junto a la consolidación del inglés como lengua aglutinante, y especialmente en el ámbito científico, favorecen la proliferación de neologismos procedentes en su mayoría de la cultura anglosajona.

Por otro lado, si desde la revolución científica, hace varios siglos, la repercusión económica y social de la ciencia y, por tanto, de su terminología constituyen un soporte del Estado, a nadie puede extrañar la posición excepcional de la autonomía de la ciencia en el conjunto de la cultura universal: *biión, esnurposoma, fullereno, háptica, holómero, prión, resolvina, tensegridad...* Nuevas palabras acuñadas por una innovación en la que apenas participamos.

**Pedro R. García Barreno**